SEXTO DÍA

MEDITACIÓN

DE LAS PALABRAS DE LA VIRGEN MARÍA EN SU PRIMERA APARICIÓN

Con los sencillos son sus conversaciones.
(Prov. III. 32.)

Que tu voz resuene en mis oídos; porque tu voz es dulce y agraciado tu semblante.
(Cant. II. 14.)

PUNTO PRIMERO

CONSIDERA cómo un día Sábado, el 9 de Diciembre de 1531, yendo el indio Juan Diego (recién bautizado), por la mañana muy temprano, de su pueblo á la doctrina de Tlaltelolco, á oir la Misa sabatina que en honor de Nuestra Señora se celebraba, al pasar por un sitio del Tepeyac, escuchó una música muy deliciosa que le pareció como el canto primoroso de muchas aves, y levantando los ojos al lugar de donde parecía salir tan encantadora armonía, divisó en un fondo de luz celestial y circundada de los colores del

iris, una mujer de castísima y arrobadora hermosura; dulces como de paloma eran sus ojos, serena su frente como el azul de nuestro cielo, modesto su semblante, pequeñas y agraciadísimas sus manos, relucientes como el lucero de la mañana, y como cinta de grana sus labios. La Madre del Señor, pues ella era, haciendo ademán al indígena de que subiera, le dirigió al mismo tiempo la palabra, y le dijo: «Hijo mío, Juan Diego, á quien amo como á pequeñito y delicado, ¿á dónde vas?» Tales fueron las primeras palabras de la Virgen Inmaculada al humilde y sencillo neófito, que habladas en su lengua, tienen en la nuestra toda esa fuerza de expresión.

María Santísima aparece en un centro de luz espléndida, porque es la reina de toda luz; aparece circundada del arco iris, porque es la reina de los colores y de toda belleza visible; aparece en medio del aire, porque es la reina del aire y de los vientos; aparece entre dulces cantares, porque es la reina de los sonidos y de toda armonía. Aparece al humilde Juan Diego, porque como el Señor, ella puede decir: «¿En quién pondré yo mis ojos, sino en el pobrecillo, en el que se estremece de temor al oir mis palabras?» (Is. LXVI, 2.) Con los humildes y sencillos es su conversación, y mira con agrado á los humildes,

viendo muy de lejos á los soberbios. (Psalm. CXXXVII, 6.) Pero, ¿por qué habla á aquel neófito con palabras de tan señalado cariño? Lo primero, porque es madre, y una madre es harto cariñosa con sus hijos; lo segundo, porque Juan era pequeñito por la humildad, y delicado por lo tierno de su fe, y las dos son circunstancias de más amor para las madres: la pequeña edad del hijo, y la delicadeza de su constitución; lo tercero, porque como Juan, el evangelista, al pie de la cruz representaba á todo el pueblo cristiano, cuando le hablaba Jesús, así Juan, el nuestro, al pie del Tepeyac representaba á todo el pueblo mejicano, cuando le hablaba María, y como ama tanto á este pueblo, le habla con tanta ternura en persona de su representante; y esta razón es una dulzura que debes ¡oh alma! saborear muy despacio.

PUNTO SEGUNDO

CONSIDERA que la Virgen María hablando al neófito, le dijo primeramente: hijo mío. Porque ella es Madre, y tan Madre como hecha por Dios con su palabra la mejor y más tierna de las madres, lo primero que viene á sus labios es

aquello de que está lleno y rebosando su corazón: hijos nos llama, porque es nuestra madre; hijos, porque como á hijos nos ama; hijos, porque su divino Hijo nos hizo hijos suyos en persona del discípulo amado. Mas no sólo dice hijo, sino hijo mío, y esta palabra que en boca de nuestra madre terrena es de las más dulces que el oído humano escuchar puede, en boca de la Virgen Inmaculada, de la Reina del mundo, de la Madre de Dios, une con una majestad soberana, un encanto, una ternura, una dulce delicia que la humana lengua no sabe explicar, ni la humana inteligencia declarar.

«Hijo mío, Juan Diego», dice María de Guadalupe, y el decir al hijo su nombre de bautismo, es cosa muy propia de las madres. Esto indica en la Santísima Virgen una indecible afabilidad, una, llamémosle así, llaneza maternal, que nos trae luego á la memoria uno de los títulos con que la Iglesia la llama en el mes bello de los himnos que entona en su alabanza: «Virgen sin igual, la más mansa entre todas.»

El nombre de Juan es estimado de la Virgen María, ya por ser el del discípulo á quien Jesús le dió por hijo, ya por significar *gracioso,* ó *agraciado,* porque nos ve al través de la gracia del Señor, y de la sangre con que nos la mereció, lo que

nos hace aparecer á sus ojos (como ante los del Señor), con una belleza toda celestial. Hijo á quien amo .. todos los hijos son amados; pero ¡qué dulce es oirse llamar así de boca de su madre! El verse amado (no hay para qué ocultarlo ni disimularlo), es uno de los mayores encantos y delicias del corazón humano en esta vida. Pero hay amores que son ficciones, hay amores que son locuras, hay amores que son infiernos, porque son crímenes y horrores; mas el saber que soy amado de un ser dulce, delicado, perfecto, hermoso, verdadero, constante, fino, desinteresado; el saber que soy amado de un objeto que parece arrebatar con su amabilidad al mismo Dios; el saber que me ama, y el oir que nombrándome por mi nombre me diga con su boca que me ama, es una dicha tan grande, tan embriagadora, que si la supiésemos considerar nos haría santos!

«Hijo mío, á quien amo como á pequeñito y delicado.» Dos razones de amor especial en las madres: la pequeña edad de su infante, y la endeble salud de su niño. Nosotros somos pequeños por nuestra poca fe; pequeños por nuestra escasa confianza en Dios; pequeños por nuestras pueriles ocupaciones; pequeños por nuestros deseos de niños. Todo ello causa compasión á nuestra Madre, y hace que más nos ame. Somos delicados en la salud

espiritual; pues cualquiera peligro nos amedrenta, cualquier humano respeto nos tuerce, cualquier tentación nos derriba, cualquiera pesar nos desalienta. Y por eso María, más nos ama, porque ve cuán delicados somos en la virtud, cuán pequeños y cuán niños en todo.

¿Qué dirás, oh alma, á tu madre por sus dulces palabras? Medítalas, saboréalas, y deja desbordar tu corazón en afectos de tierna gratitud y amor filial.

ORACIÓN

HABLASTE, Madre mía, y tus palabras han herido mi pobre corazón! ¡hablaste, y no se ha escuchado jamás armonía más deliciosa, ni más dulce melodía, ni más grato cantar que tus palabras! Ellas han sido más dulces al paladar de mi alma, mil veces más dulces que la miel á mi boca. Hijo tuyo me llamas, y me hablas por mi nombre: yo quiero llamarte con toda el alma, Madre mía. Sí, Madre de amor y de bondad; Madre de ternura y de misericordia, Madre amabilísima, Madre digna de toda admiración; madre, no sólo de palabra ó de vano título, sino madre de tan maternales entrañas, que por este hijo ingrato y desleal entregaste

al Hijo divinísimo á los tormentos y á la muerte. ¡Oh Madre! madre mía, María de Guadalupe, á quien amo, después de Dios, más que á todo objeto criado, y te amo como á grande y poderosa; te amo como á Reina y soberana, te amo como emperatriz del cielo y de la tierra, te amo como á la Madre de un Dios todopoderoso, te amo como á la criatura más santa, más hermosa, más digna y más noble de la creación entera. ¡Oh Madre! ¡oh Reina! ¡vida, dulzura y esperanza nuestra! haz que sea para contigo un hijo fiel y reconocido: que no me canse de pregonar tus beneficios, de predicar tus alabanzas y de agradecer tus favores; que encuentre yo contigo, en quien se halla la vida, para que vaya á escuchar algún día esa dulce voz que alegra á los ángeles, que cautiva al Señor de los cielos, y que llena de regocijo á todos los habitadores de la Jerusalén celestial. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.

SÉPTIMO DÍA

MEDITACIÓN

DE LAS PALABRAS DE LA VIRGEN MARÍA EN SU PRIMERA APARICIÓN

Yo pienso edificar un templo al nombre de mi Dios y Señor.
(3 Reg. V. 5.)

PUNTO PRIMERO

CONSIDERA, cómo después de haber hablado la Virgen Santísima á Juan Diego, llamándole por su nombre, dándole el dulce título de hijo muy querido por su pequeñez y delicadeza, le dirige inmediatamente esta pregunta: *¿á dónde vas?* A ella respondió el neófito cómo iba á la doctrina de Tlaltelolco á oir la santa Misa. Mas dejando la respuesta sencilla y verídica de Juan Diego, meditemos la pregunta de Nuestra Señora. Es evidente que en ella (como en Dios de cuya luz participa en grado altísimo), el preguntar alguna cosa no es porque la ignore, sino porque quiere por grandes designios que se manifieste lo escondido: quiere interrogar para pro-

bar, y probar para aprobar ó reprochar conforme á la respuesta. La del indio fué excelente, pues revelaba que estaba ocupándose en preciosos actos de religión y de piedad. Pero esta pregunta *¿á dónde vas?* es también muy significativa, porque quiere decir: ¿á dónde caminas? y como el término del camino es un fin propuesto al caminar, es lo mismo que preguntar: ¿á qué fin diriges tus pensamientos, tus deseos y tus acciones? ¿A dónde vas? quiere decir: ¿vas á donde va el mundo ó á donde van los verdaderos cristianos? ¿vas á donde el siglo te arrastra ó á donde te invita Jesucristo? ¿vas por el camino ancho de las pasiones, ó por la vía estrecha que lleva á la puerta angosta del Evangelio? ¿vas al cielo con los justos, ó con los prevaricadores al infierno?... Medita, oh alma, en estas preguntas que te hace tu madre celestial, ó más bien dicho, medita en las respuestas que podrás dar con verdad á estas preguntas. Si tu conciencia no te acusa, si puedes darte por la misericordia de Dios el testimonio de que corres por el camino de los santos mandamientos, que no has abandonado el recto sendero, que vas corriendo velozmente, ó siquiera sea andando, tras el olor de los ungüentos del Esposo, es decir, con la imitación de los ejemplos y virtudes del Salvador, bien puedes darle humildes gracias, pues á su ayuda lo debes, y no olvides sin embargo lo que recomienda el Apóstol, que «el que juzga estar en pie, vea de no caer». (1, Cor. X, 12.) Pero si acaso vas por un camino malo, llora y retrocede; si vas por un camino dudoso, como es el de tantas almas mundanas que se esfuerzan en conciliar las prácticas del mundo con las de la virtud, y quieren servir al mismo tiempo á dos señores, á pesar de que el Señor lo declaró imposible; si vas por este camino, no te engañes: «hay un camino que al hombre le parece justo, pero sus paraderos llevan á la muerte», dice el Espíritu Santo. (Proverbios XIV, 12.) Ojalá y podamos todos dar á la pregunta tan importante de María nuestra Madre: «hijo mío, ¿á dónde vas?» una respuesta tan satisfactoria como la de Juan Diego, que por el camino de la devoción y de la santa simplicidad, se encaminaba al cielo muy derecho!

PUNTO SEGUNDO

Yo soy María Virgen, la Madre del Dios verdadero; es mi voluntad que en este sitio se edifique un templo en honra mía.» Lo que á Bernarda tan favorecida con las apariciones de la Virgen

Santísima en Lourdes, no se le reveló sino después de muchos preámbulos y visiones, al indio mejicano se le manifestó luego, en un instante. «Yo soy María Virgen, la Madre del Dios verdadero.» Como cuando á la Samaritana que decía: nuestros padres adoraron en este monte, le dijo el Salvador: «yo, que hablo contigo, yo soy el Mesías que sabes que ha de venir» (Joan. IV, 26), así á Juan Diego, que con sus padres había adorado por largos años en aquella montaña á la falsa madre de Dios, ídolo que tenía usurpado este bendito nombre, ahora la misma Virgen Santísima le dice: «yo soy María Virgen, Madre del Dios verdadero»; lo que has adorado hasta aquí es sólo una impostura y un engaño de los demonios, que se llaman dioses, pero son dioses falsos; no hay sino un solo Dios vivo y verdadero, cuya verdadera Madre soy yo, yo misma que hablo contigo, y vengo á recobrar mis derechos, á libertaros de Satanás y de sus horribles infestaciones; por eso es mi voluntad que en este sitio se me edifique un templo en honra mía.» ¡Oh! bendita sea la Madre de Dios que no se desdeña de hablar con un humilde indígena, de instruirlo por sí misma, y de enseñarle los más altos misterios, puesto que en su divina maternidad se contiene todo el misterio de la Encarnación del Verbo

eterno, y en consecuencia, la Redención á que se ordena! Y cuando pide que se le edifique un templo, no es que ella, que tiene los mayores cultos en la tierra, y disfruta de las alabanzas de los ángeles del cielo, tenga alguna necesidad de nosotros, ni le hagan falta nuestros obsequios; es porque en ese templo quiere poner el trono de su bondad y de su misericordia, en ese templo dice que se mostrará madre amorosa de todos cuantos llegaren confiados á invocarla. Así en lo que desea, no desea sino mi bien; en lo que pide, no pide otra cosa que el poder favorecernos: el templo que solicita, es una casa de refugio, un asilo de seguridad y de protección que quiere depararnos. El templo es como una oficina donde se despachan señaladamente los negocios entre el cielo y la tierra; el templo es el lugar donde se encuentra el alivio de todas nuestras penas, el aliento en nuestras debilidades y flaquezas, la paciencia en los trabajos de la vida, y el auxilio en las batallas con nuestros enemigos; en el templo se escuchan nuestras oraciones como lo prometió el Señor á Salomón de aquel su regio templo, inferior en dignidad á los nuestros. «Mis ojos estarán abiertos y mis oídos atentos á la oración de aquel que en este lugar orare.» (2 Paral. VI, 15.) Y cuando en este templo se ponga por

intercesora á la Madre de Dios, y ella misma prometió mostrarse madre cariñosa de los que la invocan, ¿qué no debemos esperar de sus bondades?

«*Para este fin has de ir á la ciudad de México con mensaje mío al Obispo, y habiéndole referido lo que has visto y oído, le dirás que yo te envío, y que es gusto mío que me labre un templo en este lugar.*»

Así terminó la Inmaculada Virgen en la primera aparición, su coloquio. Mas ¿por qué manda mensaje al Obispo? ¿Qué necesidad tiene de él, ella que tiene en su mano los corazones, y puede hacer cuanto le plazca?... Quiere la Virgen María acatar de ese modo la eclesiástica jerarquía que su divino Hijo dejó establecida en la Iglesia, quiere enseñarnos á respetar debidamente á nuestros pastores; quiere que sepamos, que nadie debe guiarse por privadas visiones ó revelaciones, sino que en todo debemos acudir al juicio de los superiores: quiere hacernos desconfiar siempre de nuestro propio juicio, y someternos al juicio de los que á nombre de Dios nos gobiernan. ¡Oh y cuán segura doctrina! ¡cuán preciosas enseñanzas! Meditalas, oh alma, para tu provecho, y da gracias á María de Guadalupe por haber querido hacerse también tu maestra, vinculando en sus palabras tantas instrucciones.

ORACIÓN

¿Adónde voy yo, Madre mía? ¿á dónde voy desatentado en el camino de mis vicios y delitos? ¿á dónde voy en el camino de mi vida tan adelantado que tal vez, ya, sin saberlo, toque á su término? ¡Oh dulce encanto mío! Señora de mi alma, Virgen de mi vida! ¡y cuánto temo que vaya despeñado de pecado en pecado, de precipicio en precipicio, de abismo en abismo! Pregúntame, Madre mía, como á Juan, ¡á dónde voy, para que tu voz me despierte, y tu pregunta me alarme, y tu visita me alumbre y me aproveche! Por ahora he venido á alabarte, á engrandecerte y darte culto; por ahora he venido al templo á pensar en tus favores, á meditar en tus finezas y á darte gracias por tus beneficios. Es mi voluntad, Soberana y Reina mía, que aquí en el sitio de mi pobre corazón se te edifique un templo; en él quiero que vivas como dueña, que habites y mandes como señora, y gobiernes y asistas como madre; aquí quiero que te muestres cariñosa con todos los afectos de mi corazón, con todos los obsequios que pueda tributarte. Yo llevaré el mensaje tuyo á quien gobierna mi alma, diciéndole cómo es voluntad tuya y mía que

sea tu esclavo: que te ame y te sirva de un modo muy especial desde este instante; que sea yo todo, ilustrado por la gracia, un santuario á ti dedicado, en el que arda siempre la lámpara luciente de la fe, y en el que siempre se levanten los perfumes de la oración como un incienso místico que llegue hasta tu trono. Madre mía, vive en mí, habita en mí, está siempre dentro de mí, porque donde tú estás está siempre Jesús, el Hijo de Dios que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Ave María y oración para después de la meditación.

Obsequios para cada sábado del mes

Siendo el Sábado un día tan especialmente consagrado á la Virgen María, y habiendo sido señalado ese mismo día con su primera admirable aparición, es muy conveniente ofrecer algún particular obsequio todos los sábados de este mes á Nuestra Señora de Guadalupe. Y pareciéndonos muy oportuno el que sigue, lo incorporamos aquí: trátase de alabar y bendecir los sacratísimos miembros de la Virgen María, y á cada alabanza, mirando primero devotamente la santa imagen, puede unirse, á una postración en la tierra, si se reza en lo privado, ó una inclinación de cabeza, si el ejercicio se hace en público. Este culto tan tierno, fué muy apreciado de la Beata Lucía de Narni, de Francisca de Viterbo, de F. Hermán, compañero de San Jacinto, y de Santa Brígida.

TRIBUTO

DE ALABANZAS Y BENDICIONES AL CUERPO Y ALMA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

(Del padre Nadal, de la Compañía de Jesús)

ANTÍFONA. — Toda eres hermosa, ¡oh María! y mancha alguna no hay en Ti;

Pura eres y libre de toda culpa, ¡oh Virgen Santísima, y por lo mismo seas eternamente bendita!

I. Bendita sea, Virgen de Guadalupe, esa tu cabeza, llena de celestial sabiduría. *Ave María.*

II. Benditos sean, Virgen de Guadalupe, esos tus castos ojos con los cuales mereciste la primera ver al Hijo de Dios. *Ave María.*

III. Benditos sean, Virgen de Guadalupe, esos tus oídos que merecieron oir por vez primera de la boca del ángel el sacratísimo nombre de Jesús. *Ave María.*

IV. Benditos sean, Virgen de Guadalupe, tus melífluos labios, con los que diste suavísimos ósculos á tu Hijo Jesús. *Ave María.*

V. Benditas sean, Virgen de Guadalupe, esas tus mejillas, las que sólo acarició Jesús Niño, y bendito tu cuello que tantas veces abrazó con sus tiernecitos brazos. *Ave María.*

VI. Bendita sea, Virgen de Guadalupe, tu beatísima lengua, que siempre engrandeció al Señor, y familiarmente le habló. *Ave María.*

VII. Benditos sean tus brazos, Virgen de Guadalupe, que portaron á tu hermosísimo Jesús, y tus purísimas manos que tocaron al Verbo de vida. *Ave María.*

VIII. Bendito sea tu santo pecho, Virgen de Guadalupe, al que frecuentemente allegaste á tu divino Hijo. *Ave María.*

IX. Bendito sea tu dichosísimo seno, Virgen de Guadalupe, que henchido por virtud celestial dió tan dulce alimento al Hijo de Dios. *Ave María.*

X. Bendito sea tu purísimo corazón, Virgen de Guadalupe, sagrario del Espíritu Santo, y horno encendidísimo del divino amor. *Ave María.*

XI. Benditas sean tus entrañas, Virgen de Guadalupe, entrañas llenas de piedad y de misericordia que encerraron al Hijo del Eterno Padre, *Ave María.*

XII. Benditas sean tus rodillas, Virgen de Guadalupe, con las que fuiste la primera en adorar humildemente á tu Hijo Jesús sobre la tierra. *Ave María.*

XIII. Benditos sean esos tus sacratísimos pies, Virgen de Guadalupe, que, por amor de Jesús, tantas veces emprendieron largos caminos. *Ave María.*

XIV. Bendito sea, Señora, tu purísimo cuerpo, y bendita tu santísima alma, á quien tu Hijo Jesús siempre llenó de bendiciones. *Ave María.*

ANTÍFONA. — Toda eres hermosa ¡oh María! Y mancha alguna no hay en Ti; pura eres y libre de toda culpa, ¡oh Virgen Santísima, y por lo mismo seas eternamente bendita!

ORACIÓN

OMNIPOTENTE y eterno Dios, que con la cooperación del Espíritu Santo preparaste el cuerpo y el alma de la bienaventurada Virgen María, para que mereciese hacerse digna habitación de tu divino Hijo, concédenos, que por la piadosa intercesión de la misma Señora, con cuya veneración nos alegramos, seamos libertados de los males que nos amenazan, y de la muerte perpetua. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Así sea,